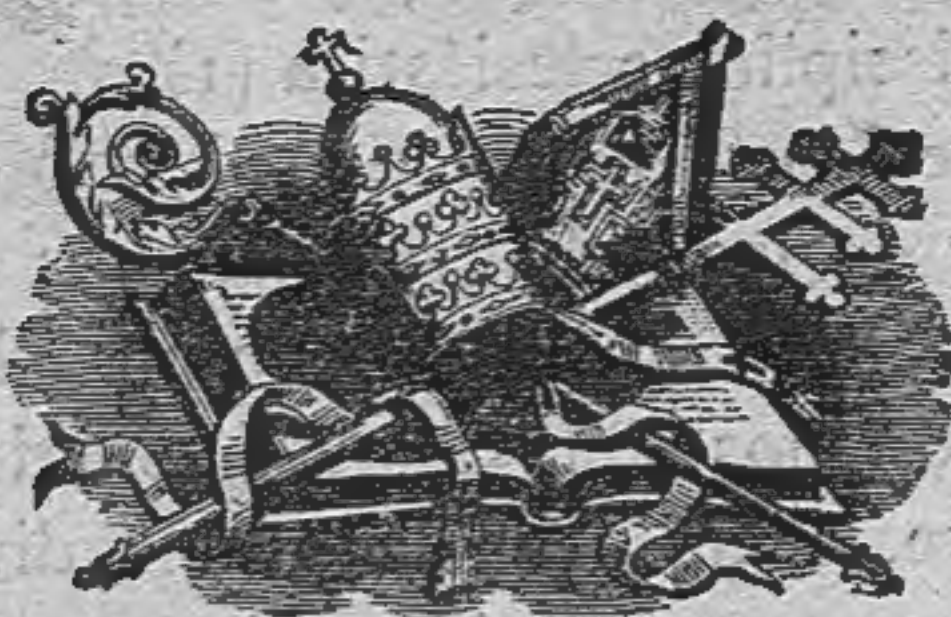




## BOLETÍN ECLESIAÍSTICO

DEL

# Obispado de Astorga.

---

SUMARIO.—Edicto convocando á Sínodo diocesano en los días 23, 24 y 25 de Junio próximo.—Discurso de Su Santidad á los Peregrinos italianos.—Carta de Su Santidad al Sr. Obispo de Urgel, con motivo de las cuestiones entre los escritores religiosos.—Junta diocesana auxiliar del 2.º Congreso Católico.—Santificación de las fiestas.—Anuncios.

---

## OBISPADO DE ASTORGA.

**NOS EL DR. D. JUÁN BAUTISTA GRAU Y VALLESPINÓS,**

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE ASTORGA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, ETC., ETC.

*Al venerable Deán, Cabildo y Beneficiados de nuestra Santa A. I. C. á los Párrocos, Clero y fieles de esta ciudad y Diócesis,*

**SALUD EN EL SEÑOR.**

Entre los deberes de nuestro gravísimo cargo pastoral, cuéntase el de reunir cada año, siendo posible, el Sínodo diocesano, congregando á todo el clero en la iglesia que juzguemos mas á propósito, para enterarnos de las necesidades de toda la Diócesis y de las particulares de los sacerdotes, á más de las noticias que proporciona la Sta. Pastoral Visita, y tratar de la

reforma de todo cuanto pueda perjudicar á la fé, á las buenas costumbres y á la disciplina eclesiástica (1).

Harto conocida es la flaqueza de los hombres, que mas tienden al aflojamiento en los deberes cristianos que á procurarse aumentos de perfección y santidad. Aun para la observancia de los mandamientos divinos y la adquisición de las virtudes ordinarias, se requiere, además de la gracia divina, el constante recuerdo de los preceptos evangélicos, las amonestaciones apostólicas, la vigilancia de los superiores y la asídua predicación de los ministros del Señor; siendo casi inseparable de esta observancia, la frecuente recepción de los Santos Sacramentos.

Y si aun las Congregaciones ó Institutos religiosos, fundados por varones de eximia santidad, no suelen perseverar un siglo, según los PP. del Concilio de Trento, sin que pierdan algo del buen espíritu de sus fundadores, y se hagan, por tanto, necesarias las reformas ó nuevas ordenaciones para el mejor cumplimiento ú observancia de las reglas y constituciones, ¿qué maravilla si los fieles que viven en el mundo, y el clero secular necesitan del recuerdo y amonestación de los Pastores puestos por Dios en cada Diócesis para retenerles en el buen espíritu, vigilarles y fortalecerles en los propósitos saludables, examinar la calidad de los pastos de doctrina en que se nutren, las costumbres en que viven, los vicios de que adolecen y las virtudes que practican?

Fuera de que á nadie se oculta la miseria y perversión de los tiempos que hemos alcanzado; porque hoy bien puede afirmarse que todo necesita reforma según el espíritu de la Santa Iglesia Católica, que no es ni puede ser otro que el de nuestro Señor Jesucristo. Ya el apóstol San Pablo nos dijo, que *no debíamos conformarnos con el siglo, sino reformarnos, Nolite conformari huic sæculo sed reformamini* (2); que si obramos de conformidad con el primer hombre, que fué terreno, seremos terrenos, y si con el segundo, es decir, con Jesucristo, que fué celeste, seremos celestes (3), y que el mundo suele regirse por el espíritu de las tinieblas, *colluctatio... adversus mundi rectores te-*

(1) Bened. XIV, De Syn. Diœc. lib. 1. et 2.

(2) Ad Rom., cap. XII, v. 1.

(3) Ad Cor. 1.<sup>a</sup>, c. XV, v. 48.

*nebrarum* (4). Y siendo Jesucristo la luz del mundo (5) y el único maestro de la verdad, quiere que sus hijos, los católicos, sean hijos de la luz y de la verdad (6), y que no se dejen llevar por todo viento de doctrina, conforme nos lo enseña el Apóstol de las Gentes: *ut... non... circumferamur omni vento doctrinae* (7).

Y si es cierto que el justo se ha de perfeccionar y que el santo ha de procurarse aumento de santidad—*qui justus est justificetur adhuc: et sanctus sanctificetur adhuc* (8), ¡vosotros, amados hermanos é hijos en el Señor, y el clero todo entenderéis cuán útil sea el Sínodo diocesano, en donde, haciendo el debido examen Prelado y sacerdotes, de nuestro modo de obrar y del estado de los pueblos, vengamos luego á resolver y determinar cuales sean las reformas necesarias para mayor santificación propia y el mejoramiento de los fieles; qué errores y qué doctrinas perniciosas haya que combatir, reprobar y condenar; qué abusos detestar y corregir; y, finalmente, cuales sean las buenas prácticas y costumbres de nuestros cristianos padres, dignas de conservar ó de rehabilitar.

En todas las parroquias se encuentra, por fortuna, huella de la moralidad de esas antiguas y cristianas costumbres; en todas ellas se descubre vivo ó latente el espíritu de pureza y de caridad que las informara: mas fuerza es confesar que, en general, la fé se ha debilitado ó adulterado, las costumbres se han pervertido, y las tradiciones cristianas han degenerado ó casi desaparecido. Urge, por tanto, que en el Sínodo diocesano se mediten todas estas cosas, y se promulguen las leyes, preceptos ó decretos disciplinarios que deben regenerarlo todo ó reformarlo según las santas enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica.

A lo cual debe agregarse que las Constituciones sinodales hoy vigentes en la Diócesis, llevan trescientos años de existencia, pues fueron publicadas en nuestro Cabildo de 15 de Abril de 1592 y mandadas imprimir en idioma castellano, en Salamanca, en 1595, por nuestro dignísimo predecesor, de buena memoria,

(4) Ad Eph., c. VI, v. 12.

(5) Ioann., c. VIII, v. 12.

(6) Luc., c. XVI, v. 8.

(7) Ad Eph., c. IV, v. 14.

(8) Apoc., c. XXII, v. 11.

el Obispo Fr. Pedro de Rojas, de la Orden de San Agustín, que con tanto celo y sabiduría gobernó esta nuestra amada Diócesis, en tiempo del católico Rey, D. Felipe II; y luego, anotadas ó modificadas por el Ilmo. Señor Gutiérrez Vigil, y reimpresas en la citada Salamanca, en 1799.

Por lo expuesto, harto se comprenderá cuan necesario sea un nuevo Sínodo para examinar, suprimir, reformar ó mejorar muchas de las Constituciones que en aquella época se dieron, y que sin haber sido derogadas, por efecto de la mudanza de los tiempos no tienen, sin embargo, ó no pueden tener eficaz cumplimiento. En nuestra sociedad moderna se han introducido además errores, que antes no se conocieron, y la organización política vigente, lejos de poder considerarse protectora de la Iglesia ó de la inmunidad eclesiástica, debe reconocerse hostil ó simplemente tolerante.

Conviene, por tanto, modificar la disciplina según las exigencias ó cambios de los tiempos y salvar en un todo, ó según la medida de nuestras fuerzas, la pureza del dogma y del depósito de nuestra santa fé católica, la moralidad de las costumbres y la libertad é independencia del ministerio eclesiástico.

Aunque privados de los numerosos é importantísimos documentos, que poseyeron en otro tiempo nuestro Cabildo y los Archivos de las Comunidades religiosas, incendiados aquellos en la calamitosa época de la invasión francesa, y estos, quemados, ó inutilizados, con gran sentimiento de los amantes de las letras y glorias patrias, en la no menos calamitosa ó desgraciada del 1835, no Nos haya sido dado consultar las actas de los sínodos celebrados anteriormente al de 1592; consta, no obstante, que se tuvo otro sínodo diocesano por el Ilmo. Sr. D. Francisco Sarmiento de Mendoza sobre el 1576; en 1560 por D. Diego Sarmiento Sotomayor; en 1553 y 1544, respectivamente, por los Sres. D. Pedro Acuña y Avellaneda y D. Diego de Álava y Ezequiel, asistentes al Santo Concilio de Trento; y, finalmente, por Fray Álvaro Osorio, II de este nombre, en 1518: únicas noticias que nos ha sido posible encontrar.

No ignorais que, después de la celebración del Santo Concilio

de Trento en 1545—1564, se multiplicaron en todas las naciones católicas los Sínodos Provinciales y los Diocesanos; habiéndose distinguido el celosísimo Cardenal San Carlos Borromeo, quien, durante su glorioso Pontificado en la Iglesia ambrosiana de Milán, reunió seis veces el Concilio Provincial y once el Sínodo diocesano, celebrando el último de estos en 8 de Abril de 1581.—En nuestra España, tan célebre en la antigüedad por los Concilios Toledanos y los de la Provincia Tarraconense, tuviéronse asimismo en gran número los Sínodos diocesanos para la publicación de los cánones y decretos del Concilio de Trento, que así lo prescribía. (9)

Pero además de las disposiciones tridentinas de las de Alejandro VII, que tanto encarga la celebración de Sínodos para el bien de la Iglesia y paz entre los Príncipes cristianos (10), y de la recomendación del esclarecido San Carlos Borromeo, que consideraba al Sínodo como Visita general de la Diócesis—*est generalis quædam visitatio Synodus*—(11), existe la razón convincentísima de Pío IX, al afirmar que en nuestra época es mayor la utilidad de su celebración, para estrechar los vínculos de caridad entre el clero, *cuya unión con tanto empeño se trata de destruir*, para consolidar la disciplina de la Iglesia y asegurar la defensa de los negocios que mas le interesan (12).

Hoy hemos de dar gracias á Dios porque, á pesar de las vicisitudes de los tiempos, la divina Providencia ha querido que pudiera reanudarse la interrumpida série de esas utilísimas congregaciones diocesanas, no menos que las provinciales, habiendo cabido la gloria á nuestra Provincia eclesiástica, en España, de poder celebrar el primero de la moderna época en la Metrópoli de Valladolid, desde el 16 de Julio al 1.º de Agosto de 1887.

Y aunque se decretó, en el Título VII de este Concilio, que al Obispo pertenece únicamente la autoridad de juez y legislador en el Sínodo diocesano, conforme con la doctrina de Benedicto XIV (13), sin embargo, es útil consultar é inquirir el consejo de nuestro

(9) Sess. XXIII, c. 1. de Ref. (10) Const. XX. (11) Acta. Eccles. mediol. part. VII.

(12) Epist. ad cler. Vigilecan 4 Sept. 1878. (13) De Syn. dioces., lib. 3. cap. XII, n. 7.

clero, aunque Nos no vengamos obligado á seguirle (14) habiendo sido reprobada la sentencia contradictoria por la Iglesia, y principalmente por el Pontífice Pío VI en la Bula *Auctorem fidei* (15).

Para daros, pues, á conocer sinodalmente las Constituciones del Concilio Vaticano, suspendido en 1870, una de las más hermosas páginas del Pontificado del inmortal Pío IX, y otras disposiciones emanadas de la Sta. Sede, y á fin de promulgar las Constituciones y decretos del referido Concilio Provincial Vallisoletano, cuyo cumplimiento procurareis y mandareis observar, así como también lo que en el Sínodo determinemos, ya que siendo pastores de las almas y ángeles, en expresión de San Carlos Borromeo (16), á todos debereis ilustrar y edificar con los buenos ejemplos de la predicación y de una vida santa para que den gloria á Cristo nuestro Señor; por esto, además de los motivos indicados anteriormente, se hacía necesaria la convocación de nuestro Sínodo diocesano, respondiendo al mismo tiempo á los deseos del sapientísimo León XIII, que hoy rige gloriosamente los destinos de la Iglesia, el cual recomienda en todas las *Visitas ad limina* el celo de los Obispos acerca de este particular.

En su consecuencia, por el presente Edicto convocamos á todo el Clero de nuestra Diócesis, Excmo. Cabildo Catedral, Beneficiados de esta S. A. Iglesia, Catedráticos de nuestro Seminario, Arciprestes, Párrocos y demás personas que según derecho deban concurrir al Sínodo, para que, en virtud de santa obediencia, concurren al que, fiados en el auxilio divino, hemos acordado celebrar en nuestra S. A. Iglesia Catedral, en los días 23, 24 y 25 del próximo venidero Junio, presentándose en la noche del 16 del mes indicado, en nuestro Seminario Conciliar, á fin de empezar los ejercicios espirituales, que dirigirán los celosos PP. Redentoristas de esta ciudad, como preparación para tan santa y saludable obra.

Mas como quiera que nuestra Diócesis sea tan dilatada, y tanto el número de sacerdotes que por derecho y deber tendrían que acudir, Nos hemos alcanzado Indulto apostólico, para que cada

(14) L. c. (15) Proposit. 9.<sup>a</sup>, 10.<sup>a</sup>, et 11.<sup>a</sup> (16) Acta 2<sup>a</sup> Syn. mediol, 4. Aug. 1568 celeb., in princ.

uno de los 28 arciprestazgos en que se halla dividida, mande en representación de su respectivo clero *cuatro ó cinco párrocos*, sin que sea dado excusarse de la asistencia á los Rdos. curas arciprestes, á menos de alegar justa causa y que por Nos fuere aprobada, los cuales remitirán á nuestra Secretaría de Cámara nota de los Comisionados por cada Arciprestazgo antes del 1.º de Junio.

Ínterin esperamos el momento de prescribiros las oraciones y demás concerniente al orden ó ceremonial que se habrá de practicar en el Sínodo, pedimos al Señor Dios misericordioso, á nuestro Salvador Jesucristo, á la Bienaventurada Virgen María y á los Santos Patronos de la Diócesis, Toribio, Genadio y Dictino, nos favorezcan con su asistencia, sus luces, intercesión y auxilios, dándoos á todos del fondo de nuestra alma la bendición pastoral en el nombre del Pa<sup>+</sup>dre, del Hi<sup>+</sup>jo y del Espí<sup>+</sup>ritu<sup>+</sup>Santo. Amén.

Dado en nuestro Palacio episcopal de Astorga, en la fiesta de Sto. Toribio, 14 de Abril de 1890.

✠ *JUAN, Obispo de Astorga.*



Por mandado de S. E. I.,  
el Obispo, mi señor,  
*Dr. Francisco Marsal,*  
Canónigo, Srio.

NOTA.—Manda S. E. I., que el presente Edicto sea fijado en las puertas de la Sta. A. I. Catedral y del Palacio Episcopal, y que sea leído al ofertorio de la misa mayor, por los Reverendos sacerdotes encargados de la cura de almas, en el primer Domingo siguiente al en que reciban este número del *Boletín eclesiástico*.

El Indulto Apostólico á que hace referencia el Edicto anterior, dice así:

«Episcopus Asturicensis in Hispania, Synodum dioecesanam proxime celebraturus, cum valde extensam et partim asperam gubernet dioecesim quae, cum mille fere Parochiis constet, magna tamen Clericorum inopia laborat, ita ut frequenter unus Sacerdos duas regat Ecclesias; et cum insuper, in notabili dioecesis parte, non commodus sit aditus ad Civitatem, ex eo quod ab ea oppida quamplurima multum distent, viaeque sint admodum difficiles, ad S. Vestrae pedes provolutus, dispensationem postulat convocandi ad praedictam Synodum omnes suae ditionis Parochos, ita ut possit, ex viginti octo Archypresbyteratibus quibus dioecesis confiatur, ex singulis quatuor aut quinque tantum Parochos sibi bene visos eligere et convocare, aliis omissis, tum ob causas praedictas, tum ad hoc ut plures Paroeciae absque ullo Sacerdote remaneant iis diebus quibus celebratur Synodus, tum demum ut non convocati substituant adsistentes in animarum cura. Et Deus.

Die 10 Martii 1890.—Smus. Dnus. Noster, audita relatione Secretarii S. Congregationis Concilii, facultatem juxta petita quoad Synodum proxime celebrandam tantum Episcopo Oratori benigne impertitus est, contrariis quibuscumque non obstantibus.—*A. Card. Episc. Sab. Praefectus.*

---

## DISCURSO DE SU SANTIDAD

### Á LOS PEREGRINOS ITALIANOS.

Vuestra presencia y vuestras palabras, carísimos hijos, nos causan verdadero consuelo y satisfacción. Las manifestaciones católicas de los italianos tienen, á nuestro juicio, valor especialísimo, por los vínculos que le unen al Pontificado Romano y por las difíciles condiciones que produce el conflicto entre la Italia oficial y el Pontificado y la actitud hostil de aquélla contra éste.

Entre las graves solicitudes del ministerio Apostólico que nos incumbe, una de las más amargas es la que se refiere á la situación de la Iglesia en Italia, la religión y la fé del pueblo Italiano. Si siempre hemos debido señalar los peligros inminentes, más debemos hacerlo ahora, por cuanto hace algún tiempo estos peligros se han agravado.

Los hechos hablan por sí mismos. La guerra que, por un espíritu de odio satánico, hacen las sectas á la Religión católica, está aquí sostenida por los poderes públicos, declarados en favor de aquellas. Las Leyes, los actos que más ó menos directamente se refieren á la Iglesia y á la Religión, se forman bajo la directa inspiración de las sectas, á las que todo obedece. Es evidente que los actos políticos de los deberes públicos responden en cuanto á la Iglesia concierne, á sus aspiraciones y á sus culpables designios, que para nadie son ya un misterio, basta recordar los artículos del nuevo Código contra el clero, los escándalos de Junio último, el discurso de Palermo, la ley de Obras pías y las demás que se preparan. Así prosigue la guerra que comenzó con la destrucción del poder temporal de los Sumos Pontífices, y que luego se manifestó más y más, en cuanto se iniciaron los proyectos revolucionarios, la guerra á muerte y sin tregua contra la Religión y la Iglesia de Jesucristo.

Vista esta situación, los católicos italianos deben mostrarse tales como son á rostro descubierto, sufriéndolo todo por conservar el inestimable tesoro de la fé. Sólo hay dos campos bien deslindados: el católico, resuelto á estar siempre unido á toda costa con los Obispos y con el Papa, y el enemigo que los combate. Los cobardes que rehusen manifestarse y prefieran quedar entre ambos campos, por eso mismo, conforme á la palabra divina, engruesan en las filas de los contrarios.

Por eso, amados hijos, no podemos menos de felicitaros sinceramente, estimando, como es debido, vuestro homenaje, la explícita profesión de vuestra fé, y las protestas de vuestra perfecta unión con nosotros.

Así no solo cumplís un deber [religioso y sagrado, sino que

también demostráis ser los más sinceros amigos de vuestro país. Sabemos que hay quien os acusa de ser sus enemigos, pero juzgando por vuestros hechos y los de vuestros acusadores, reparad en lo que sirven á Italia los que pretenden ser únicos en amarle. De todo se aprovechan para arrancar del corazón de los italianos los sentimientos religiosos, tesoro de inmenso valor para las naciones y los individuos, y sin el cual se derrumba el edificio de la humana sociedad. Las buenas y sanas costumbres, de cuya pureza dependen en gran parte la prosperidad de las familias y el poder de las naciones, corrómpense más de día en día, debilitándose el sentimiento religioso que de apoyo le sirve, y si á esto se añaden las numerosas causas de perversión por la desenfrenada licencia que reina en todo, hay sobrados motivos para temer por la suerte de las futuras generaciones.

Y no hablamos del bienestar y prosperidad materiales, pues todo el mundo ve á la miserable condición á que están reducidos.

Pero, preguntamos: ¿quiénes son los que aman mejor á Italia los que la quieren religiosa, de buenas costumbres, floreciente y bendita por Dios, ó los que se esfuerzan por arrebatársela todos esos bienes? ¿Los que la quieren en paz con el Papa y con la Iglesia, ó los que se empeñan en suscitarle conflictos, exponiéndola á los mayores peligros? ¿Los que la quieren fiel á Dios y á la religión de nuestros antepasados, ó los que la entregan á las sectas dejando á la sociedad sin defensa contra los elementos subversivos que prevalecen?

Vosotros, queridísimos hijos, guardad siempre en vuestros corazones unidas á la Iglesia y á la patria; dejaos guiar por esos dos nobilísimos amores.

Los deberes que Nos recordamos, á todos los católicos, constituyen el amor á la Iglesia: la sumisión á la fé, el valor de profesarla y defenderla, la unión con Nos y con el episcopado, la concordia de sentimientos y acción, todas esas obligaciones, en suma, que nunca debeis olvidar, tanto más, cuanto que estais más próximos que ningunos á la Santa Sede. Guardad una constante fidelidad al Pontífice Romano y una

perfecta obediencia á la Iglesia. Inspiraos en los nobles ejemplos del venerable *Luxago*. Ayudadnos eficazmente á conseguir Nuestra libertad y la verdadera independencia que reclamamos y reclamaremos siempre para Nuestro ministerio Apostólico, cuya salvaguardia consiste en una cierta y real soberanía.

Estas palabras, queridos hijos, grabadlas profundamente en vuestros corazones, llevadlas con vosotros y repetidlas en vuestro país. Llevad también la Bendición Apostólica que concedemos con verdadera efusión de amor paterno á todos los aquí presentes, á vuestras familias y relaciones y á todos los católicos italianos.

---

CARTA DE SU SANTIDAD,  
AL  
VENERABLE HERMANO SALVADOR,  
OBISPO DE URGEL  

---

LEÓN PAPA XIII.

Venerable Hermano: Salud y bendición apostólica. Así como Nos ha sido por extremo grata, así estimamos igualmente acomodada á las presentes circunstancias la carta que has dirigido al clero y pueblo á tí confiados, que Nos ha sido transmitida por manos de nuestro amado Hijo el Cardenal Ministro de Estado, en la cual, siguiendo las huellas por Nos marcadas en varias Letras Encíclicas, y muy en particular en la *Sapientiæ christianæ*, has exhortado á los católicos españoles á que, dando de mano á las discordias que los traen en opuestos bandos divididos, vengán á una perfecta concordia de pensamiento y de acción.

Porque es en verdad deplorable que de algunos años acá, engañados muchos de ellos, y divertidos por aficiones de partidos ó banderías políticas no menos que por humanos intereses, hayan descendido á la arena para combatir unos con otros bajo la dirección y mando de unos pocos que abusan de la eximia religiosidad de ese pueblo, para humillar á los adversarios con los que

se hallan en disonancia en materias políticas, para satisfacer codicias y privadas aspiraciones y para convertir en propia substancia las cosas que son de Dios.

Cuál sea el espíritu de que se hallan dominados esos jefes en su modo de obrar, lo demuestra el hecho de que se arroguen en la Iglesia el ministerio de la enseñanza, pronunciando su fallo acerca de la fé y la sana doctrina de sus hermanos; que no quieren ayuntarse en las empresas que á la Religión interesan con aquellos que tienen enfrente ni aun dentro de los mismos templos; que se llenan cada día recíprocamente de públicos ultrajes por medio de la prensa periódica; que, desnaturalizando y torciendo el sentido de documentos de suyo nada equívocos, en los cuales reprueba su conducta la potestad eclesiástica, los aplica á su propio parecer y dictamen; que al ser severamente amonestados no cesan de buscar sagazmente escapes y efugios, tergiversándolo todo á su modo; finalmente, que desconfiados y recelosos con sus Pastores, aunque de palabra manifiestan acatamiento y reverencia, mas de obra y de verdad menosprecian su autoridad y dirección.

Ciertamente se deduce de lo expuesto que estas contiendas y solapadas enemistades, enteramente indignas de la condición de cristianos, no sirven para el fomento de la Religión y de la verdad (según se pretexta), sino para otros propuestos fines. Por lo cual, si después de tan extraordinaria solicitud inútilmente empleada por Nos y por los Obispos para desviarles de una senda erizada de escollos se obstinan persistiendo en su tenaz juicio, cosa clara es que aborrecen la luz y que prefieren ser ciegos y guías de otros ciegos. Todo lo cual es á la verdad para Nos muy sensible; pero se Nos hace todavía más acerbo el ver que en estas contiendas, por todo extremo lamentables y menguadas, hayan tomado parte algunos eclesiásticos que se han olvidado de su deber, y, lo que es aún peor, religiosos de antiguo distinguidos por su fidelidad y amor á la Sede Apostólica, los cuales, secreta ó públicamente, ayudan á que este mal arraigue del todo y se propague más y más, con gravísimo daño de los más altos intereses de la Iglesia y de la patria. Así, por ventura sin pensarlo,

se han convertido por su imprudencia en ministros de la venganza divina aquellos mismos que habían tomado á su cargo el ministerio de anunciar la paz en nombre del mismo Dios.

Reflexionando Nos todo esto, hemos considerado muy oportuno y apropiado á los presentes tiempos lo que leemos en tu carta, en la que con sabiduría y claridad has expuesto las causas, la gravedad y origen de este pernicioso contagio que inficiona la España, los daños que del mismo son de temer, así como los remedios que para su destrucción deben adoptarse.

No podemos menos, por lo tanto, de ensalzar con el elogio que se merece el empeño con que cooperas á nuestra constante solicitud, y te esfuerzas en atraer de nuevo á los fieles españoles á la caridad perfecta y absoluto concierto de los mismos, según así lo exigen las necesidades de la Iglesia en los presentes tiempos y en los estrechos deberes de los cristianos puestos en sociedad. De ahí también que alimentemos la risueña esperanza de que tu excelente trabajo surta los suspirados efectos, contribuyendo á este fin con sus esfuerzos los demás Hermanos en el Episcopado mediante, ante todo, el auxilio de Dios y la protección de los santos Patronos con que tan justamente se gloria la España; conviene á saber que los católicos todos, atendiendo á la voz de sus Pastores, y puesto por debajo todo mundano interés, con ánimo vigoroso digno de la fé de sus padres, y con estrechísima unión de voluntades, se lancen, á la carrera á manera de falange para la defensa de la Madre común, que es la Iglesia, afligida hoy por tan grandes pesadumbres, y combatida por tantos y tan enfurecidos enemigos.

Alentado con esta esperanza, en testimonio de nuestro afecto, os damos muy amorosamente en el Señor la bendición apostólica á tí Venerable Hermano, como también al clero y fieles confiados á tu vigilancia.

Dado en Roma, en San Pedro, día 20 de Marzo del año 1890, y trece de nuestro pontificado.

LEÓN PAPA XIII.

---

## JUNTA DIOCESANA

AUXILIAR DE LA CENTRAL ORGANIZADORA DEL 2.º CONGRESO CATÓLICO.

---

ESTÁN INSCRITOS COMO SOCIOS TITULARES DEL CONGRESO CATÓLICO:

M. I. Sr. D. Antonio Martínez, Rector del Seminario Conciliar.—Sr. D. Antolín López, Mayordomo del Seminario C.

### **Socios honorarios:**

Sr. D. Florencio Gallego Natal, Párroco de Santibáñez de Valdeiglesias.—Sr. D. Andrés, R. de Cela, Abogado de esta Ciudad.—Sr. D. Eduardo Aragón, Médico del Seminario y del Excmo. Cabildo,

Astorga, 29 de Abril de 1890.

PEDRO CARRO, *Secretario.*

---

## SANTIFICACIÓN DE LAS FIESTAS

---

Para que se vea cuánto se puede hacer por las autoridades de los pueblos en pro de la santificación de las fiestas, aun dentro de la legislación vigente, publicamos á continuación la parte jurídica del precioso artículo que con el epígrafe puesto al frente de estas líneas dió á luz hace algunos años el Sr. Marqués de Valle-Ameno, y es todavía de actualidad.

Dice así el trabajo indicado y sobre el que llamamos la atención de nuestros lectores:

«El decreto de 1867 no ha sido derogado, y en dicho decreto se ordena que las autoridades adopten disposiciones eficaces, que sostendrán con constancia, para que las fiestas se observen con toda puntualidad y sin el menor género de profanación ni escándalo. Este decreto es de 16 de Junio de 1867. Al mismo objeto se dictó en dicha fecha una real orden, prometiendo á las autoridades eclesiásticas el concurso eficaz de las civiles, que sin ningún género de contemplaciones cumplirán el decreto anterior.

»La libertad de cultos consignada en la Constitución del 69 no es una derogación de este decreto.

»No puede inferirse que tácitamente el artículo constitucional derogó el citado decreto, á menos de no contradecir á todos los países cuyas legislaciones protegen la observancia del día festivo, á pesar de haber en dichas naciones variedad de cultos.

»El Código de 1870, en su art. 238, núm. 3.º, pena á los que tratan de obligar á cualquiera á abstenerse de trabajo por causa de religión ú otro motivo, y por medios violentos; pero en su segunda parte, el mismo artículo declara que no se refiere á las medidas dictadas por las autoridades con carácter general. Y tanto es así, que aun durante la Revolución y después de publicado el Código de 1870, hubo autoridades que siguieron publicando bandos para la observancia del día festivo, y recordamos haber visto en Septiembre de 1870, fijado en las calles de Burgos, un Bando de su Alcalde en este sentido. Pero hay otras pruebas de que el decreto de 1867 no ha sido derogado.

»En 1876 se hizo extensivo á las provincias de Ultramar el decreto de 1867, y claro es que para extender una cosa, antes es menester que exista, porque lo que no existe no se extiende; luego se consideraba vigente, porque de estar derogado, no existiría. En dicho decreto se ordenaba á las autoridades, como en el de 1867, que no consintieran el trabajo en los días festivos.

Pero se suscitaron dudas acerca de si el Breve Pontificio de reducción de las fiestas de 2 de Mayo de 1867 era extensivo á todos los dominios de Ultramar, ó sólo de la Península é islas adyacentes, y en su virtud, se suplicó al Romano Pontífice otro Breve aclaratorio. En 1878 se recibió dicho Breve, por el que se reducían las fiestas en las provincias de Ultramar, el cual, con un decreto dando cuenta del motivo de su publicación y el mandato á las autoridades de Ultramar para que no consintieran el trabajo en los días festivos, se publicó en 1878. Luego con posterioridad á la Constitución del 69, derogada por la del 76, y del Código del 70, se ha considerado vigente el decreto de 1867 por dos veces en la *Gaceta*, y se han renovado por una parte de los dominios españoles sus mismos preceptos.

Varios Gobernadores y Alcaldes, y entre los primeros el de Córdoba, publicaron en 1877, bandos considerando en vigor el Real decreto de 1867.

Acusaba un Diputado á dichas autoridades, y el Ministro de la Gobernación respondió que obraban dentro de sus atribuciones.

En el año de 1871 se entabló por acción privada querrela criminal en la Audiencia de Valladolid contra el Alcalde de un pueblo de la provincia de Palencia, la cual autoridad, sin previo bando, había impedido la carga y transporte de efectos en un día festivo. La acusación se fundaba en el citado artículo del Código

penal de 1870, y el Alcalde en que obraba dentro de sus atribuciones y en cumplimiento de su deber con arreglo al decreto de 1867, y á los precedentes de otras autoridades, no habiendo publicado bando recientemente antes del hecho de autos, por que los acuerdos anteriores del Ayuntamiento se hacían observar, llevándose á efecto con sanción penal en los pocos casos en que se infringían. Probado este extremo, el acusador retiró la querrela, sobreseyéndose en las diligencias incoadas.

Resulta de estos datos y de otros que pudiéramos aducir, que la Doctrina Católica relativa á la santificación de las fiestas; reconocida por todos los pueblos creyentes como necesaria y por muchos incrédulos como conveniente, aun desde el punto de la higiene, doctrina que la experiencia acredita que se impone, es la de la legislación española hoy como siempre que sólo una corruptela ha podido hacer que prevalezca el abuso opuesto y que las autoridades pueden y deben, dentro de sus atribuciones y en cumplimiento de sus deberes, impedir este abuso renovando previamente los bandos oportunos como medida de equidad donde el abuso sea grande, ó exigiendo desde luego con todo rigor el cumplimiento de dichas disposiciones donde no hayan caído en desuso.

---

## — ANUNCIOS. —

---

Recomendamos á nuestros lectores el

DICCIONARIO

DE

**ANTIGÜEDADES CRISTIANAS,**

**POR M. EL ABATE MARTIGNY.**

*Costumbres de los primeros cristianos, sus monumentos, muebles y vestidos.*

*Historia literaria de la arqueología cristiana,*

*Traducido de la última edición francesa, por*

**D. RAFAEL FERNÁNDEZ RAMIREZ,**

*Licenciado en Medicina y Cirujía.*

Esta obra ilustrada con cerca de 700 grabados, se halla de venta en la librería de D. Gregorio del Amo, Paz 6, Madrid, al precio de 20 pesetas. Puede adquirirse también por suscripción, repartiéndose en cuadernos que costará cada uno una peseta.

---

## TÍTULOS PONTIFICIOS 1860.

*Los paga D. Augusto del Cacho, Infantaz, 3, Madrid.*

---

ASTORGA:—*Imp. y Lib. de L. Lopez, Rua, 5 y 7.*